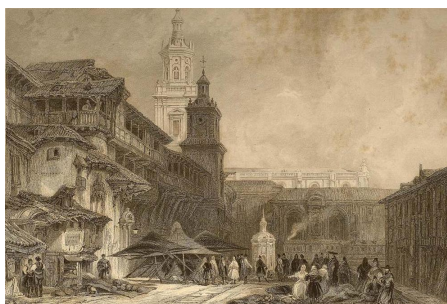


Epidemia de cólera en 1856

- Pedro Manuel Resa -

En el año 1856, se ponía fin a una terrible epidemia de cólera que había asolado la ciudad y parte de la Llanada. El origen de esta pandemia había comenzado en la capital del reino; fue en Madrid, a finales de 1854, donde se detectaron los primeros casos del terrible virus del cólera morbo asiático *vibrio cholerae*. Los síntomas eran los clásicos, acompañados de una sed terrible; el contagio de la enfermedad era de portador a sano en pocas horas. La enfermedad dejaba cientos de víctimas a su paso y amenazaba con extenderse hacia el norte del país. El consistorio vitoriano recibe alarmado, a finales de mayo de 1855, las primeras noticias de casos de afectados en las poblaciones riojanas de Lapuebla de Labarca, Elciego y Navaridas. El alcalde de la ciudad, D. Francisco Juan de Ayala, toma rápidamente medidas drásticas.



Ordena sanear los pozos negros, limpiar los conductos de aguas sucias, mantener la limpieza y salubridad de fuentes, derribar los arcos de las calles para que corriera mejor el aire, inspeccionar mercados y edificios en malas condiciones; todo ello, siguiendo las recomendaciones de la Real Orden de mayo de 1849 (instrucciones para los gobernadores y alcaldes en la adopción de las disposiciones para contener los efectos del cólera morbo-asiático). Se reúne con los médicos y farmacéuticos de la ciudad, con el fin de tomar las soluciones necesarias ante la más que posible llegada de la enfermedad. Ésta no se hace esperar y a mediados de junio se dan los primeros casos mortales; será un verano, el de 1855, difícil de olvidar.

Se habilitarán para la ocasión el Hospicio y dos salas para coléricos en el hospital de Santiago.

Tratamiento del cólera

Los medios con los que se contaba en el siglo XIX, cuando empezó la epidemia a extenderse por Europa, eran casi tan precarios como en siglos anteriores: aislar a los enfermos, quemar toda su ropa y objetos de uso personal, hervir el agua antes de beberla... eran algunos de los remedios.



A mediados del XIX ya se sabía del peligro de las moscas y otros parásitos y se procuraba proteger la comida de ellos. El hinojo era, a falta de antibióticos, medicamento en uso para combatir la enfermedad. Infusiones de valeriana, utilización de opio, incluso hasta sanguijuelas o esencia de trementina, eran los peregrinos remedios usados en el tratamiento del cólera. Las rogativas a la Virgen Blanca fueron numerosas, así como al abogado contra la peste, San Roque. Después de asolar varios hogares llevándose muchas veces, a los más jóvenes de la casa, parece ser que remitió algo a finales de octubre de 1855. Durante el tiempo que duró el cólera, el alcalde de la ciudad visitó a todos los enfermos, llevando su consuelo a todos ellos, con riesgo de su propia vida.

La colegiata de Santa María

El 20 de enero de 1856 se celebraba un Te Deum en la actual catedral de Santa María, en agradecimiento por haber finalizado la epidemia. Una epidemia que se había cobrado cerca de 2.500 víctimas.

Al finalizar la ceremonia se lanzaron varios cohetes en la plazuela, con tan mala fortuna que uno penetró por el campanario, lo que hizo que, al estallar, empezara a arder la torre. Había cerca almacenados una serie de documentos que se intentaron salvar, lanzándolos a la plaza, lo que hizo que muchos de ellos se estropearan y otros se perdieran para siempre por lo delicado de su estado. Las autoridades asistentes a la ceremonia temieron por el riesgo que pudieran correr los altares y elementos sacros e instaron a la gente que allí había a salvarlos. No hizo falta repetirlo; el pueblo llano se dedicó a poner a salvo todo cuanto pudo. Cuando pasó el peligro y hubo que reponer de nuevo todo lo salvado, no faltaba ni el más sencillo de los ornamentos, lo cual dice mucho del honrado y agradecido pueblo alavés. La torre fue casi totalmente destruida por las llamas, cambiando su fisonomía a su estado actual gracias a las ayudas de las instituciones y a las generosas donaciones de muchos particulares.



Treinta años después, en 1885, volvería a repetirse, con parecida virulencia, el cólera en la provincia. Dos años antes el científico alemán Koch había aislado el bacilo del cólera en la India, informando al mundo que la mayor fuente de contagio eran las aguas de los ríos, pero se tardaría aún bastante en encontrar medicamentos y vacunas que atajaran el cólera... Las tetraciclinas y la penicilina saldrían al paso de la mortal epidemia en el siglo siguiente.